

¿Y QUÉ HACEMOS CON TURQUÍA?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Tras tres años y medio de conversaciones interrumpidas entre la Unión Europea y Turquía sobre la posible adhesión de este país, a primeros de noviembre el bloqueo ha cesado. Desde que en 2005 las autoridades comunitarias y los representantes turcos comenzaron las negociaciones, éstas han discurrido a un ritmo muy lento y con pocos avances. Por supuesto, las reticencias a la entrada de Turquía en la UE son muchas. El ser un país muy poblado, con una renta *per capita* inferior a la media comunitaria, su condición de país musulmán, el no tener unos estándares democráticos y de libertades semejantes a los demás países que conforman la UE o el contencioso chipriota son algunos de los mayores lastres que han pesado en dichas negociaciones. Ahora, sin embargo, tras el parón mencionado, parece abrirse una nueva etapa no exenta de dificultades. Para empezar, la UE ha exigido previamente la firma de un acuerdo para que los extranjeros que accedan a Europa por Turquía puedan ser repatriados a ese país. La razón parece clara. Según datos del propio gobierno turco, unos 600.000 sirios afectados por la guerra han emigrado y se han instalado en los campamentos de refugiados de este país. Este importante número de personas en suelo otomano, en condiciones más bien precarias, constituye un potencial migratorio hacia Europa que la UE no está dispuesta a admitir. A cambio de este acuerdo, los ciudadanos turcos no precisarían de visado para viajar a la UE.

La firma de este acuerdo está prevista en breve y no cabe pensar que vaya a haber mayores problemas. Otra cosa serán las posibles mafias que sigan haciendo su negocio con la desgracia siria para tratarlos de introducir en el espacio europeo de forma clandestina y despiadada. Dicho acuerdo, pues, es fundamental para retomar las negociaciones de adhesión a la UE, donde, como he dicho, los escollos siguen siendo prácticamente los mismos que hace unos años. Turquía es un país de unos 74 millones de habitantes, lo que le situaría entre los estados más poblados de la UE. Además de las consecuencias políticas en el seno de la UE, esto tiene una doble lectura: por un lado, un aumento muy considerable de posibles consumidores; por otro, un número muy considerable de posibles emigrantes, que es lo que temen las autoridades comunitarias. Más aún si tenemos en cuenta que, pese a tratarse de un país de los llamados emergentes, con un crecimiento del PIB anual bastante más elevado que el de la media europea, su renta disponible por habitante sigue siendo menor que el de la media comunitaria. A lo que habría que añadir que prácticamente la mitad de la población tiene menos de treinta años, es decir, una edad idónea para emigrar. Si en su día se habló del fontanero polaco, no sería extraño que los partidos xenófobos de la UE hablasen ahora del fontanero turco. Que encima no es cristiano, sino musulmán.

Aquí radica otro de los problemas que siempre se ha esgrimido, sobre todo, por las autoridades turcas: que la UE es un club cristiano. En este sentido, la incorporación de países como Rumanía y Bulgaria, que tantos problemas están dando a la UE, podría hacer válida esta aseveración. Aunque su adhesión se debió más a cuestiones políticas ligadas a la postguerra fría y al postcomunismo que a razones propiamente económicas o religiosas. A este respecto, la importancia política, estratégica y económica de Turquía es bastante mayor que la de éstos y otros socios comunitarios. Sin embargo, otro de los problemas a los que se enfrenta Turquía en este proceso es el de su peculiar manera de entender la democracia y las libertades individuales. Y a esto poco está contribuyendo la

actitud del ejecutivo de Erdogan, un islamista moderado al que los sectores más laicos de la sociedad turca acusan de querer islamizar el país y de dinamitar algunas de las medidas puestas en marcha por el fundador de la República, Atatürk. Para muestra varios botones. Primero, la autorización para que las empleadas públicas, las diputadas y cualquier mujer pueda ir tocada con el velo en los edificios públicos, algo que estaba prohibido. Segundo, la desproporcionada represión empleada por la policía la pasada primavera contra los manifestantes que protestaban en el centro de Estambul para impedir que se construyera en un parque público un centro comercial. Y tercero, el deseo de prohibir los pisos y las residencias mixtas de estudiantes, por poder convertirse en “focos terroristas”. Desde luego, son sólo algunos ejemplos, aunque significativos. Pero a ellos habría que añadir también el problema kurdo, en conversaciones, y la cuestión chipriota, sin ningún avance.

De todos modos, si estos temas estarían en el debe de las negociaciones con la UE, también hay que mencionar el haber de Turquía en las mismas. Primero, pertenece a importantes organismos como el Consejo de Europa, la OTAN, OCDE y la OSCE, siendo un estrecho aliado de las potencias occidentales. Segundo, ya se ha dicho que es una economía emergente, con un crecimiento del PIB anual del 5% entre 2002 y 2012 y con importantes contactos con economías asiáticas. Tercero, una emigración ordenada de turcos a la UE podría compensar las bajas tasas de natalidad de sus Estados miembros. Y cuarto, los estrechos lazos culturales que ya existen con los países de la UE, con unas élites urbanas, sobre todo jóvenes, plenamente occidentalizadas. De forma que, teniendo en cuenta todos estos aspectos, la UE tendrá que encarar esta nueva fase de las negociaciones con Turquía sin frustrar las expectativas de los occidentalistas turcos y sin provocar a los sectores más conservadores de sus países miembros.

17 de noviembre de 2013